

sedienta de latina sangre. Pero la Iglesia vivía fuerte y animosa, resuelta á hacer frente á toda adversidad. Enrique VI de Alemania, el felón que no tuvo á menos prender, contra el derecho de gentes, á Ricardo, al héroe de las Cruzadas, y regatear su libertad, invirtió el precio del rescate en asaltar á Italia, mostrándose en la empresa furioso conquistador. Estrenóse en Sicilia exhumando un cadáver, el del rey Tancredo; para decapitarlo; arrancando los ojos á un mancebo, hijo de Tancredo; encerrando en lóbrega prisión á dos inconsolables mujeres, la viuda y la hija del desenterrado monarca; y coronando más adelante con un aro de hierro candente y sentando en trono de fuego al conde Jordán, que quiso libertar de la espantosa opresión á su país. Indignado el pueblo, anticipó con un degüello de alemanes las *visperas* ejecutadas después en los provenzales de Carlos de Anjou. Al morir el feroz Enrique, víctima quizá del veneno con que su propia mujer Constanza de Sicilia vengó en él las injurias de la patria, dejaba un hijo de tierna edad, heredero de una corona disputada por los parientes y por los dignatarios del imperio. Mas el padre colocó al niño que había de nombrarse Federico II, bajo la protección y amparo de un excelso pontífice: Inocencio III.

Inocencio III subió joven á la silla de Pedro: contaba treinta y siete años cuando ciñó la tiara. Llamábase Lotario; era de ilustre familia, erudito, de afable condición, de vasta y comprensiva inteligencia, adornado con las dotes de zeloso apóstol y de incomparable y magnánimo príncipe. Grandes acontecimientos presenció la cristiandad en su reinado; pero él se hallaba á la altura de cuantos sobrevénir pudiesen. El siglo que comenzaba puso sus esperanzas en él, y no las vió defraudadas jamás. Había escrito Lotario en su juventud como escribe un contemplativo y un filósofo; había ido en peregrinación al sepulcro de Tomás Becket, adalid de los derechos de la Iglesia; y penetrado de la idea del poder eclesiástico, se propuso emular á Gregorio VII y Alejandro III. Al verse ascendido á la primera dignidad del orbe, vióse también cercado de cuidados sin número, abrumado por el peso de gravísimos negocios, y obligado á fijar los ojos en el triste cuadro que á la sazón ofrecía la cristiandad.

Aparte de la situación de Oriente y Asia, normandos y alemanes disputaban en Europa su patrimonio á la Iglesia; propagábanse las herejías; en España los árabes se disponían á realizar gigantesco y supremo esfuerzo que frustrase la reconquista; en Francia, Felipe Augusto repudiaba á su legítima esposa Ingerburga para vivir unido á otra mujer; desgarraban á Alemania los bandos de dos pretendientes; en Suecia reinaba un usurpador. Pero el varón eminente que desde el trono pontificio asumió el gobierno moral de la cristiandad, supo atender á todo, corregirlo todo, concertar las divisiones, extirpar los escándalos que la afligían: su mirada vigilante, su pródiga mano se extendieron por doquier. Á fin de allegar recursos para que las cruzadas reviviesen, hizo fundir la vajilla pontificia de plata y oro, y cubrió su mesa con escudillas de barro. Pacificador y prudente, por orden suya aquietó un legado las rencillas de Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto; cuando los cruzados acometieron la osada empresa de apoderarse de Constantinopla y sentar á un latino en el solio de los emperadores de Bizancio, previó la esterilidad de semejante conquista y la desaprobó: pero, tan hábil político como buen profeta, si alzó su voz protestando contra los excesos y abusos de los cristianos en Oriente, supo absolver lo que ya no cabía remediar. Bien presto declararon los sucesos cuán acertado iba el Papa en sus vaticinios, dictados por su amor á la justicia y sagaz inteligencia: los latinos conquistadores son degollados en toda la extensión del imperio, y Baldovinos, el efímero imperante occidental, desaparece sin que siquiera puedan averiguarse las circunstancias de su muerte. Sin dar lugar al desaliento, Inocencio rehace la cristiandad y pregona la cruzada perenne y fecunda que un pueblo varonil prolongó hasta el Renacimiento en el extremo meridional de Europa. Al saber que seiscientos mil musulmanes se precipitaban desde el África sobre España, capitaneados por el príncipe de los creyentes, El-Naser, el vigilante Inocencio dió aviso del peligro, y proclamó la guerra de la Cruz, con ánimo de que todo el poder cristiano viniese en ayuda de los españoles; y la épica jornada de las Navas de Tolosa, donde fué deshecho el poderío africano, cimentó para siempre la reconquista. En Inglaterra,

Inocencio III hubo de luchar con *Juan sin tierra*, el opresor aborrecible al cual retrató la trágica musa de Shakspeare; y venciólo, y su victoria produjo las libertades del clero y de la nación, consignadas en la *Carta magna*. En Prusia logró evangelizar regiones todavía paganas, de más pacífica manera que la usada después por los caballeros Teutónicos. En Francia, Felipe Augusto, cuyo aborrecimiento hacia Ingelburga crecía, cedió sin embargo ante la firmeza del Papa, y de grado ó por fuerza hubo de recibir á la repudiada consorte; la batalla de Bouvines aseguró á la nación francesa la supremacía sobre la alemana, no sin gran provecho para la Santa Sede, á la cual era adicta la casa de Francia en general y Felipe Augusto particularmente, á despecho de sus extravíos amorosos. Así dos grandes funciones de guerra, las Navas y Bouvines, comienzan lo que concluyó otra no menos famosa, la de Mureto, y hacen al Papa regidor del mundo. Difícil y espinoso cargo, que si Inocencio mereció desempeñar por sus altas dotes, no dejó de abrumar sus hombros.

Asunto en que puso Inocencio III especial cuidado y zelo fué la salvaguardia de los intereses de su pupilo Federico II, cachorro de tigre de los Hohenstaufen, que andando el tiempo tan cruelmente vino á morder la mano que lo nutrió. Á Inocencio debió Federico conservar su herencia de Sicilia, de la cual sin trabajo pudiera apoderarse el Papa, hallándose á la sazón en Italia la autoridad pontificia muy fortalecida y pujante. Duró la tutelar solicitud hasta la mayor edad de Federico; y compadecido á la vez Inocencio de la triste prisionera Sibila, viuda de Tancredo el desenterrado, logró á fuerza de súplicas que fuese puesta en libertad. Tan benigno proceder ganó á su joven pupilo los ánimos de los sicilianos, ulcerados con la memoria de las crueldades de su padre: bajo la dirección de aquel Papa amable y justo, pudo Sicilia tomar á los Hohenstaufen por pastores y no por verdugos.

Y en efecto, mientras Federico se atuvo á los consejos de Inocencio, dió de su carácter y dotes los felices indicios que en los albores de la juventud suelen, por extraña anomalía, dar los tiranos. No era Federico vulgar ni pequeño: como su abuelo materno Roberto Guiscardo,

poseía arrojo y resolución á toda prueba; como Barbarroja, juntaba talento y cultivada inteligencia á denuedo caballeresco: además, disimulado y sutil, ni sus palabras correspondían con sus pensamientos, ni indicaban sus actos futuros. Educado en Sicilia, territorio mitad sarraceno, mitad greco-normando, adquirió refinada cultura, y al par contrajo el hondo escepticismo que solía producir—con más frecuencia de lo que hoy creemos—la ciencia confusa de la Edad media, y que en el siglo XII inficionó á la nobleza y literatura provenzales. Sus costumbres fueron árabes, muelles, viciosas; su conducta careció de la rectitud que distinguía á Inocencio III. En algo se asemejan pupilo y tutor: ambos instruidos, selectos en sus aficiones, poetas y grandes políticos, ambos precursores de épocas más civilizadas, pertenecen en cierto modo al Renacimiento; pero Federico lo representa en su corrupción y duplicidad, Inocencio en su clásica elegancia. No desmentía Federico la fama de ambición de los césares, ambición que fomentaba la raza de los juristas, aduladores sempiternos. El estudio del derecho romano, renovado en Italia en el siglo XII, logró tanto aprecio que se le llamaba *razón escrita*; ennoblecía á sus profesores, que tomaban el nombre de *caballeros en leyes*; más moderados los teólogos, no extendían desmesuradamente los fueros de la Iglesia; pero los legistas divinizaban el poder cesáreo: Pedro de las Viñas, el famoso canceller, brazo derecho de Federico, era legista, regalista y partidario de la soberanía universal concentrada en el Emperador. Nunco los emperadores germánicos habían visto realizada su quimera, y no obstante la alimentaban perpetuamente; ceñíanse tres coronas, la de plata de Germania, la de hierro de Lombardía, el círculo de oro del Sacro Imperio, que recibían en Roma; mas la piedrecilla que siempre iba á herir el pie de barro del coloso, era la excomunión pontificia y la oposición democrática de Italia. Tres veces cayó el gigante: con Enrique IV, con Barbarroja, con Otón; la cuarta tocaba á Federico II para no volver nunca á levantarse. Y sin embargo, el Imperio pudo haber cumplido altos destinos, gran claridad pudo esparcir la luna de la Edad media, si no se negase á recibirla del sol de Roma. A Federico concernía realizar magnos intentos: la con-

quista de las comarcas septentrionales, rebeldes aún al Evangelio y á la civilización. Acabábase la cruzada de Oriente; pero cabía emprender, con más fruto, la de Occidente. Salimbene resumió en una de sus frases sencillas el juicio de Federico II, que malogró tan buenas dotes con acciones tan pésimas. — « No hubiera tenido igual en la tierra — dice el cronista franciscano — si mirase por su alma. »

Preséntase la conducta del hijo de Enrique VI como gigantesca contradicción en el siglo XIII : mientras los reyes de España y Francia, y la nación italiana, marchan á constituir los Estados modernos, Federico sostiene las dos formas más características del gobierno bárbaro y pagano ; reúne en su dominio el mal de la antigüedad y el mal de la Edad media ; cesarismo y feudalismo ; y cuando la cultura católica florece y se desenvuelve, Federico adopta la musulmana. Parece inconcebible que la misma centuria vea reinar á san Luis, á san Fernando y á Federico II : contraste lógico, sin embargo, dado el dualismo del siglo XIII, que si es corona de la Edad media, es también precursor de todas las tendencias anticristianas del Renacimiento. Fermentaba la hostilidad entre la Santa Sede y Federico, cuando estalló por fin. Este disponía, amén de las fuerzas del Imperio, de las brigadas sarracenas que en Nocera y Luceria se acuartelaban, y del auxilio de la facción gibelina ; pero el antagonista era terrible : no sólo contaba al exterior la Iglesia con la monarquía francesa, enriquecida y fuerte por sus victorias de Provenza, sino con elementos interiores más poderosos : antes de morir Inocencio III, vió alzarse á santo Domingo de Guzmán y san Francisco de Asís, y fundarse las Órdenes de Predicadores y Menores ; la última, en especial, anidó al abrigo de la nacionalidad italiana. El primer Papa que hubo de contrarrestar á Federico II, el benigno Honorio III, fué el mismo á quien tocó confirmar las dos Órdenes.

Ofrece la Historia páginas donde más claramente brilla la acción de la Providencia y el elemento divino ; la aparición de san Francisco es una de ellas. Á la voz del Santo de Umbria surge un poder nuevo, hasta entonces ignoto : los mendigos : lo último de la sociedad ; inferiores al siervo, que ni aun poseen un terrón de gleba

que cubra su cadáver. Gente son que, para expresar el concepto de fraternidad, se llamarán *frailes* ; para indicar el de humildad, *Menores*. Con ellos se desenvuelve y alcanza su fórmula postrera el concepto igualitario del Cristianismo : en sus asociaciones no hay más superioridad que la que concede la virtud : y aun virtud y mérito no autorizan allí la arrogancia, y el más sublime de sus filósofos friega la vajilla del convento. Fueron los monjes comunidades reclusas y sedentarias ; los frailes son eminentemente sociales ; su objeto es diseminarse, recorrer el orbe : ya que los herejes tienen misioneros, con mayor razón el Catolicismo los ha de tener. Apóstoles de la gracia, los Franciscanos van por doquiera, entran descalzos en el palacio como en la choza, cautivando á la sociedad con la efusión de su amor, con el total desinterés de su célico instituto. Desnudos, pequeños y mansos, el pueblo los conoce y adora : besa los remiendos de su hábito y el tosco cordel que ciñe su cintura. El fundador fué copia, trasunto fiel de Jesucristo : los discípulos, el Evangelio en acción que se extendió por todas partes. Manifestó la Iglesia gran empeño, durante la Edad media, en asociar al pueblo á sus ceremonias más tiernas y conmovedoras, consintiéndole celebrar festejos y regocijos, y parodias — como la célebre fiesta del Asno, que disculpaba la sencillez del espíritu — dentro de los templos. San Francisco extremó la iniciación de la multitud en los dramáticos misterios del culto : rodeado de pastores y villanos, hizo altar de un pesebre, conmemorando la bendita noche de Navidad ; al mentar á Belén, balaba como un corderillo ; al pronunciar el nombre de Jesús, paseaba la lengua por los labios, cual si saborease miel deliciosa ; puerilidades que no mueven á risa, antes arrancan lágrimas y reblandecen los corazones más empedernidos, porque son caridad y amor que rebosan de un serafín humano y van á iluminar é inflamar el mundo.

Recibe la nueva Orden franciscana á cuantos postulantes se le presenten, por lo mismo que, siendo absolutamente pobre, fía á la caridad pública y á la misericordia divina la subsistencia : quien nada tiene, nada teme y nada pierde : *la pobreza vive segura*, dice el poeta fraile Jacopone. Mientras haya cielo, no faltará á los Menores

techado : mientras el humilde hogar del campesino despida espirales de humo, no carecerán de una torta de maíz y de un vaso de agua. El espectáculo de la voluntaria mendicidad practicada por opulentos mercaderes y nobles señores, consuela al labrador y al siervo ; le abre el paraíso, enseñándole que las privaciones y estrechez que á él le impuso la suerte, son deseadas por reyes como santa Isabel de Hungría y san Luís, que se las imponen y hacen de ellas escala para subir hasta Dios. Así viene á persuadirse de que no hay en el Evangelio de Cristo precepto alguno superior á la condición humana, y que rigurosamente y al pie de la letra no pueda cumplirse. Doctrina que tome por instrumento la pobreza, tendrá éxito seguro, porque la pobreza engendra desprendimiento y aligera el alma : entre pescadores halló Cristo sus primeros secuaces. ¿ Qué ordena el fundador de los Menores á sus frailes ? Guardar el Evangelio de Cristo, vivir obedientes y castos, sin poseer cosa propia. Era anhelo perpetuo del Cristianismo esta desligadura de los lazos del interés : san Jerónimo reprobaba ya la propiedad en los clérigos, diciendo que mal podía existir unidad y caridad donde reina el lucro : el Crisóstomo llamaba á Cristo Doctor de los pobres, y tenía por escuela de pobreza toda su vida ; los padres del desierto consideraron la pobreza cimiento de la perfección. Tendió el feudalismo á poseer, á apropiarse la tierra y el hombre ; la Iglesia á desvincular la propiedad, á hacerla patrimonio de todos ; desde este punto de vista, fueron utilísimas las riquezas de abadías y monasterios, que rescataron el terruño de manos del señor ávido, duro y egoísta, y lo entregaron á hombres caritativos por instituto, agricultores, hortelanos é ingenieros por deber : en las abadías se verificó la transición del siervo al colono. No entraba ya en las Órdenes monásticas la propiedad individual : si al morir el monje se halla en su poder alguna moneda, la comunidad la arroja sobre el cadáver, al inhumarlo en estiércol, pronunciando el terrible anatema : — « Que tu dinero sea contigo en perdición. » — Pero, aunque colectiva, propiedad era siempre la que disfrutaban los monjes ; conocemos la pugna que hubo de sostener san Bernardo contra la opulencia y relajación del Cister : no alcanzó la reforma de Benito de Aniano en el siglo IX

á resucitar el monástico fervor, y para que brotase fragantes flores la zarza milagrosa de Subiaco, la zarza del primer reformador san Benito de Nursia, se necesitó que, en el XIII, la tocase el cuerpo de san Francisco de Asís.

Tuvo la idea franciscana el doble carácter que distingue á las de los grandes hombres ; satisfizo un anhelo, una aspiración latente del Cristianismo, y al par fué original y nueva por su misma sencillez. ¡ Observar en todo su rigor el consejo más llano, pero el más sublime del Evangelio ! Sobre mil y doscientos años contaba el Evangelio ya cuando san Francisco resolvió guardarlo, y con hallarse la sociedad del siglo XIII nutrida de máximas elevadísimas, parecióle sobrehumano intento y novedad admirable la que san Francisco predicaba. No obstante, el surco estaba abierto, removidos los terrones : sólo faltaba que la simiente cayese y germinase. Los Menores se propagaron como una planta vivaz. Según su regla, no eran dueños ni aun de lo que la caridad les ofrecía : sólo les era lícito el uso ; la posesión tocaba á la Iglesia ; el mismo pan que llevaban á la boca no les pertenecía de derecho ; los monjes aceptaban la propiedad en común, los Menores aun ésta rechazaban. Ello parece sueño, utopía de la abnegación, y, sin embargo, se realizó plenamente. No halló el fundador de los Franciscanos los obstáculos que san Benito, sino amor y simpatía por todas partes. Si al principio de su conversión le tuvo alguien por demente, no tardó en atraer á los mismos que le escarnecían. El rápido desarrollo de la Orden muestra bien su necesidad histórica y moral. Aunque al hombre se le hace tan cuesta arriba empobrecerse, le empuja al sacrificio y á la privación cierto instinto generoso ; el simulacro de pobreza de los valdenses atrajo ya al pueblo, y en cierto modo cautivó hasta á san Bernardo ; la pobreza franciscana, creciendo al arrimo de la Iglesia, suspendió al punto los corazones ; acaso ningún hombre — después del que fué Hombre y Dios juntamente — logró imprimir tal movimiento á las multitudes, ni ganar con tan irresistible fuerza voluntades y ánimos como san Francisco. Memorable ejemplo es la primer Cruzada de la prontitud con que cundían en la Edad media los impulsos de devoción ; pero ayudaban á Pedro el Ermitaño el espíritu aventurero y belicoso, la curiosi-

dad, cien móviles humanos, mientras la obra de san Francisco, rompiendo, como la de Gregorio VII, todos los hilos que sujetan al hombre á la tierra, fué realmente sobrehumana.

Sobrehumana, sí, pero no antihumana, sino altamente social. No son los mendigos de Cristo piadosos holgazanes: su fundador les ordenó expresamente el trabajo. — « Yo trabajaba de mis manos — dice en su testamento: — y quiero trabajar, y los otros frailes quiero firmemente que trabajen en trabajo honesto; y los que no saben, apréndanlo; no por codicia de recibir el precio del trabajo, sino por el buen ejemplo y por desechar la ociosidad. Y cuando no nos dieren el precio de nuestro trabajo, recurramos á la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta ». — Verdad que este trabajo recomendado por san Francisco, no es la labor metódica, incesante y material de los monjes; indudablemente el fraile Menor no desdeña el arado de labriego ni la herramienta del oficial; pero el precepto que le impusieron se ha de entender más espiritualmente; lo que le incumbe es trabajar la heredad de las almas, predicar, convertir, enviar misioneros á sarracenos y paganos. Diputado para atestiguar el Evangelio con su presencia, se sienta en el hogar del paisano y penetra en el sombrío torreón: unas veces representa *misterios* para el pueblo, otras cruza el puente levadizo del castillo, y pide hospitalidad para pasar la noche. Arrímanse los frailes al calor de la vasta chimenea feudal, mientras las gentes reunidas para pasar la velada contemplan curiosas su pálido rostro, su extenuado cuerpo, su pobre traje igual al de los siervos, pero más largo y grosero todavía. Ellos refieren alguna de sus ingenuas leyendas, la historia prodigiosa de sus santos, ó recitan la estrofa de sus vates, creadores de la poesía popular. En la hoguera de caridad que enciende la vista de los pobres voluntarios, suelen derretirse pechos tan duros como la cota de malla que los viste, y cuando á la luz del alba se disponen los frailes á partirse de la torre, oyen tal vez en confesión al arrepentido castellano.

Es de advertir que la Orden Franciscana en Italia, no fué solamente popular, sino nacional; y en consecuencia de ambas cosas, hubo de ser güelfa. Italia rechazaba el

feudalismo: los güelfos componían el partido patriótico, el de las libertades municipales, al par que el de la fe católica. Con el Papa á su cabeza, con la independencia de la Iglesia por divisa, simbolizaban los güelfos la opinión pública, alborotada contra la casa de Suabia, que se enajenó las voluntades persiguiendo al Papa y atacando la organización comunal. Y es lo más peregrino del caso que el inteligente Federico II lo comprendió y declaró no ignorar que quien combate á la Iglesia romana « bebe en el cáliz de Babilonia », y que su raza, la raza perseguidora, se sintió herida en el corazón por el anatema eclesiástico: cuando el bastardo Manfredo cayó dos veces al suelo, antes de perecer en su última jornada, exclamó con profunda melancolía: « Éste es un aviso de Dios. » Á despecho de lo cual, y viendo claramente lo inhábil de su conducta en Italia, no la modificaron y continuaron pisando la clásica senda gibelina.

No es mero antagonismo político el que divide á güelfos y gibelinos, sino que los separan principalmente sus diferencias religiosas. En rigor, el gibelino no es heterodoxo; pero, al abrazar la causa de los enemigos de la Iglesia, rompe el freno moral, se entrega á la violencia, se mancha con odiosos excesos: partidarios del régimen feudal, y no consiguiendo que en Italia preponderase, lo reemplazaron con tiranías locales y urbanas. Autorizábanlos á prescindir de las enseñanzas católicas el ejemplo de su Emperador, cercado de odaliscas, mamelucos y astrólogos, distrayéndose durante el cerco de Parma en decapitar diariamente cuatro prisioneros, y estableciendo colonias sarracenas. Por natural impulso, cada bando imitó la conducta de su jefe, y si el de Federico alardeó de vicioso y sanguinario, el del Papa ostentó moralidad y pureza: vióse á todas las almas abrasadas en sentidad ayudar directa ó indirectamente al triunfo de los güelfos, y por disonante que parezca citar tales nombres reseñando discordias civiles, güelfa es la idea política de san Francisco, de santa Clara, de santa Rosa de Viterbo, de san Antonio de Padua, de los santos populares, favoritos, idolatrados del pueblo italiano. Domina hoy la errónea creencia de que el santo ha de vivir abstraído, fuera del mundo y de la realidad: en la Edad media, el santo es un personaje nacional; forma y anima á su patria.

Al fin colmó Federico II el cáliz de la ira; su guardia infiel se paseaba por los pueblos de Italia asolándolos; como un sobrino del rey de Túnez viniese á Roma para bautizarse, detúvolo prisionero, impidiéndole llegar hasta el Papa: prendió á los legados pontificios, á los obispos, á los predicadores: arrojó los unos al mar, los otros á la hoguera; las villas güelfas vieron demolidos sus baluartes, sus mieses quemadas. Cierta día celebrábase en Padua magnífico torneo que presidía Federico desde alto dosel: mostrábase el César risueño y afile, y su regocijo se comunicaba á la inmensa multitud apiñada en las gradas y atenta á las peripecias de la liza. Mas entre el concurso se hallaban algunos patriotas afiliados á la liga lombarda, algunos güelfos, que quizás habían visto rodar la cabeza de sus hermanos ó hijos bajo el hacha de los verdugos teutónicos, oído á sus hijas y esposas pedir auxilio en brazos de los sarracenos soldados de Federico; y al reconocerse entre el gentío, decíanse quedo los unos á los otros: «Ebrio de prosperidad está el tirano; mas hoy es día nefasto para él; hoy lo excomulga en Roma el Padre Santo; hoy lo entrega á Satanás.» Nadie pudo averiguar dónde comenzó el fatídico rumor; pero corrió como un reguero de pólvora, y tendió velo fúnebre sobre la fiesta. ¿Fué adivinación ó noticia secretamente conocida de los güelfos? Lo cierto es que aquel mismo día, domingo de Ramos, Gregorio IX fulminó el anatema contra el ex-pupilo de la Santa Sede.

Arma puramente moral, la excomunión era, sin embargo, poderosísima, sobre todo cuando, al caer sobre la cabeza de un monarca, se unía al anatema el entredicho de todos sus reinos. Ponían pavor en el ánimo más esforzado las lúgubres ceremonias de la maldición eclesiástica. Obispos y sacerdotes se dirigían procesionalmente á la catedral, á media noche, al hondo tañido de las campanas doblando á agonía. Por última vez ascendían á Dios desde el templo las voces suplicantes entonando el *Miserere*; oscuro velo cubría la imagen de Cristo; las reliquias de los santos eran transportadas á la subterránea cripta; consumía la llama las postreras especies del pan de los fuertes, de la hostia, como el anatema la esperanza en los corazones; los concurrentes volvían sus antorchas y las apagaban con el pie, significando la vida es-

piritual, que se extingua en el alma del reo. Revestido el legado con la estola morada de los días de Pasión, se adelantaba, y entre el silencio general, pronunciaba el anatema: desde el punto mismo suspendíase el culto, veíanse enlutados los altares, interrumpidos los sacrosantos misterios. El pueblo rompía en sollozos, en lágrimas, en dolientes ayes; estrechaban las madres contra su seno á sus hijos; la multitud, huérfana del Dios consolador y amigo, se volvía desesperada á sus hogares. Cuando la culpable intimidad de Felipe Augusto é Inés de Merania atrajo sobre Francia el entredicho, el reino entero gimió desconsolado, y si el príncipe exhaló al pronto el grito de la pasión vencida y rebelde: — «¡Venturoso Saladino que no tuvo Papa!» dobló después la frente y se sometió, vencido por el látigo espiritual. Al escéptico Federico, que se jactaba de poder inventar una religión mejor que la de Cristo para reyes y pueblos, no dolió como á Felipe Augusto el castigo de la Iglesia; pero su propia contumacia fué parte á que el anatema le perjudicase más en el terreno político. Alemania le detestaba ya por italiano; Italia, por alemán, por sarraceno; ambas naciones pudieron maldecirle ahora por impío. Contra el cismático se alzaron los que nunca se insubordinarán contra el César: los pacíficos mendicantes. Eran las más nobles y opulentas villas, como Milán y Florencia, ciudadelas del partido güelfo: en ellas se propagó, al lado de la liga lombarda, otra liga, una confraternidad laica instituída por san Francisco de Asís, los terciarios, güelfos de suyo; — y no ciertamente porque al asociarse se propusiesen un fin político — sino porque amantes de la Iglesia, condenaban á su perseguidor. En la abierta lucha trabada entre el Pontificado y el Imperio, Menores y Predicadores son activos agentes al servicio del Papa: expulsados, de orden de Federico, del reino de Lombardía, metíanse no obstante por él, cruzaban montañas, vadeaban ríos, llevando y publicando en la comarca todas las Bulas de excomunión fulminadas contra el Emperador. Si era forzoso que un mensajero arrostrase el peligro de intimar á Federico alguna nueva decisión de la Santa Sede, la comisión recaía siempre en los frailes. Cuando Federico, infringiendo el mandato del Papa, que le vedaba tomar parte en la Cruzada

mientras se hallase bajo el peso de las censuras, pasó á los Santos Lugares, dos Menores fueron los encargados de denunciarlo al Patriarca de Jerusalén, de prohibir á templarios, hospitalarios y caballeros teutónicos prestarle obediencia. No sin gravísimo riesgo ejercían los frailes tales oficios. Había sido el obispo Marcelino arrastrado y ahorcado de orden de Federico : los Menores enterraron su cuerpo ; los imperiales lo exhumaron y colgaron nuevamente de la horca ; ensañamiento y braveza que preludió el trato que á los Menores aguardaba : su suerte común, al caer en manos de las tropas de Federico, era la hoguera ó el dogal ; pero usábase además un extraño tormento que les aplicaba de muy buen grado la guardia sarracena : en el sitio de la tonsura, les imprimían con un hierro hecho ascua una cruz ; á veces la repetición del suplicio consumía el hueso y descubría la masa encefálica. Á despecho de estas atrocidades, el anciano Gregorio IX escribió á su Legado recomendando que los ejércitos papales usasen de la mayor moderación y derramasen la menos sangre posible, á fin de que los prisioneros más bien tuviesen ocasión de regocijarse que de llorar su cautiverio. — « La Iglesia — decía — que protege al criminal para librarlo de la muerte, debe huir de matar ó mutilar. Prohibid tales violencias á los jefes so pena de incurrir en nuestra indignación y en la multa que juzguéis adecuada. »

Hubo un instante en que los partidos güelfo y gibelino, los partidarios del Papa y del emperador, se hallaron frente á frente personificados en dos hombres. Era el uno de ellos Ecelino de Romano, llamado por toda Italia el *Feroz*, acerca de quien profesaba el pueblo la superstición referida por Ariosto :

*Ezzellino, immanissimo tiranno
che fia creduto figlio del demonio...*

(Orlando el furioso.)

añadiendo el poeta que « tanto daño á sus súbditos y al bello país de Ausonia, que cotejados con él parecerán benignos Mario, Sila y Nerón. » Había Ecelino uncido á su yugo la república veronesa, é impuesto el freno á Vincenzo logrando al fin dominar á Padua, villa más

rica y próspera que las restantes. Bajo su mando, cuantos amaban la libertad pisaron la escalera del patíbulo ; sometida á su inicuo poder, la Marca Trevisana temblaba, y consejas semejantes al espantoso episodio del conde Hugolino en el poema dantesco, se referían de los negros calabozos, tras de cuyas murallas sepultaba á sus víctimas. Pues bien, este hombre era el lugarteniente predilecto, el yerno de Federico II, y la opresión de gran parte de Italia se sostenía por la autoridad y fuerzas imperiales. Vivía á la sazón, en el territorio sujeto á Ecelino, otro hombre idolatrado del pueblo, apóstol de los perseguidos y de los humildes. Pertenecía á la Orden popular per excelencia, los Franciscanos ; retoño de una raza ardiente, semi-africana, la portuguesa, su palabra desnuda de galas, pero inflamada y persuasiva, atraía de modo tal á las multitudes, que le seguían por campos y aldeas ; la comarca se despoblaba por oírle ; y aunque profundamente versado en las Escrituras, el orador se ponía al nivel de su auditorio, y predicando al raso, bajo algún olmo, á la sombra de alguna viña, tomaba sus comparaciones de la naturaleza ó de las sencillas costumbres de los campesinos reunidos al pie de su improvisada cátedra. Saltaban los peces del frío centro de las olas por escuchar la voz del milagroso fraile ; mujeres injustamente acusadas se arrojaban á sus pies, y él concedía articulada voz al niño que está en la cuna, para defender á la inocente madre. El entusiasmo y amor que inspiraba llegaron á tanto, que una escolta de mozos fornidos se impuso el cargo de rodearlo para impedir que, al terminar los sermones, la gente, en su anhelo de tocarle el hábito, lo aplastase. Sucedió que un día se encontraron cara á cara el verdugo y el Santo de Padua, el hijo del demonio y el fraile á cuyos brazos descendía cariñoso y risueño el niño Jesús : justamente acababa Ecelino de degollar á muchos ciudadanos de Verona. — « ¡Enemigo de Dios, tirano, cruel, can rabioso ! — le gritó san Antonio : — ¿ hasta cuándo derramarás sangre inocente de cristianos ? La mano de Dios está sobre ti. » — Disponíanse los que rodeaban á Ecelino á despedazar al fraile, pero Ecelino, herido súbitamente en la conciencia, con asombro de todos, se le prosternó delante, atóse á guisa de dogal su propio cinturón al cuello, y confesó

sus culpas. — « No os asombréis — dijo después á sus estupefactos acompañantes : — en verdad os aseguro que cuando me apostrofaba, he visto radiar de su rostro un fulgor divino, y de tal modo me espanté, que ya me creí en el infierno. » — Mas no fué tan completa la enmienda del pecador, que no siguiese cometiendo, de tiempo en tiempo, algún crimen; y Antonio, que no lo ignoraba, por campos y ciudades iba predicando contra él. Despachóle entonces Ecelino dos emisarios con ricos presentes, y un encargo secreto : — « Llevad de mi parte — les advirtió — estos regalos á fray Antonio : si los acepta, matadle; si los rehusa indignado, volveos sin tocarle al pelo del sayal. » — Obedecieron los mensajeros, y al encontrar á Antonio, dijéronle respetuosamente. — « Tu hijo Ecelino de Romano se encomienda á tus oraciones, y te suplica aceptes este corto regalo que te envía con devoción, y ruegos á Dios por la salud de su alma. » — Desatóse el Santo en maldiciones contra aquellas riquezas, robadas á los hombres, instrumento de perdición, y arrojó de su presencia á los enviados que manchaban el recinto de la celda. Cuanto volvieron á Ecelino, éste exclamó : — « Semejante hombre es de Dios : dejadle que de hoy más predique cuanto quiera. » — ¿ Cómo no había de oscurecerse la estrella imperial, y decaer la causa que contaba defensores análogos á Ecelino y adversarios semejantes al paduano Taumaturgo ?

No triunfó la Iglesia por la alianza con la casa francesa, ni por las armas, sino por el prestigio moral que ejercía. Y fué favorable la suerte de la guerra á los mismos que incesantemente procuraron la paz. Las legiones de Franciscanos y Dominicos, adictos al bando güelfo, andaban de aldea en aldea, de villa en villa, pacificando, reconciliando á encarnizados enemigos; Gregorio X anhelaba que no volviesen á resonar en sus oídos los nombres de güelfos y gibelinos, emblema de discordias : el propio fin se proponían los frailes. Tan sañudos eran los odios civiles, que los prisioneros de cada villa sufrían en la vecina, no sólo muerte, sino escarnio y tortura; y si acaso el venerado símbolo de la ciudadanía, el *carroccio*, caía en adversas manos, era objeto de burlescas profanaciones. Sin arredrarse por tal encono, iban los frailes de unos pueblos á otros derramando palabras de paz. Innu-

merables reconciliaciones se debieron á san Francisco, á ejemplo del cual, su amigo el cardenal Hugolino concertó á Génova y Pisa, el cardenal Jacome aplacó la saña de Montescos y Capuletos, fray Venturino de Bérgamo guió á Roma una peregrinación de diez mil lombardos, clamando paz y misericordia. Fray Juan de Vicenzo apenas elegía para sus pláticas otro tema sino la paz; en una llanura situada á tres millas de Verona convocó asamblea solemne de representantes de las villas y estados italianos; las ciudadanías se agrupaban en torno de sus magistrados y cónsules, llevando al frente el gonfalon; hasta el endiablado Ecelino asistía, seguido de sus vasallos, descalzos todos en muestra de humildad. Jamás, dice el historiador protestante Sismondi, se concibió más noble empresa que la de amigar á veinte pueblos enemigos sin otra causa que el sentimiento religioso, sin otro móvil que el Cristianismo, sin otros medios que la palabra. El pacificador adoptó por texto la frase de Jesucristo : — « Os doy la paz, os dejo mi paz; » — trazó vivo cuadro de los males de la guerra, indicó después el remedio, obtuvo la promesa de reconciliación; para sellar el pacto, hizo que el güelfo marqués de Este se casase con una hija del gibelino Alberico de Romano, y maldijo á los que en lo sucesivo renovasen las discordias. Mitad tribuno y mitad apóstol, Juan de Vicenzo dictó leyes, reformó y modificó los estatutos municipales, pidió y obtuvo por sufragio popular el gobierno de dos ciudades. Poco duró en tan azarosos tiempos la obtenida paz; pero acaso esto mismo aquilata el mérito y valor de la tentativa.

Harto entendió Federico II que jamás cedería la Iglesia, porque no podía ceder; ni menos se engañó acerca de la unanimidad de miras de los Pontífices; al saber que su amigo el cardenal Fiesco ceñía la tiara, exclamó : — « Fiesco era amigo mío, pero el Papa será mi enemigo; » — vaticinio tan acertado, que Inocencio IV no tardó en excomulgarle. Un punto se vió el partido gibelino próximo á vencer, cuando el casi centenario é indomable papa Gregorio IX bajó á la tumba, dejando su metrópoli cercada de huestes imperiales, pero lleno de confianza en que la navicilla de Pedro flotaría siempre, según escribió pocas semanas antes de morir. Dijérase que, libre de su antagonista, tenía Federico allanado el